

La primavera había hecho su aparición. Las golondrinas cumpliendo su tradición, trabajaban en vuelos continuos, recondicionando su vivienda abandonada al final del verano del año anterior. Los vencejos todavía se hacían esperar. Las primeras lluvias de primavera habían regado los campos multicolores y los labriegos de aquel día se afanaban en escardar y arrancar las malas hierbas de sus pagos. Hombres y mujeres tapadas las caras, para preservar su cutis blanco, competían en esta labor. Los herbicidas no formaban parte de la rutina ancestral de estos labriegos, tan solo utilizaban el piedra lipe para fortalecer las semillas en el momento de la siembra. Era la mañana de 26 de abril del 1937. Los rebaños de ovejas adornaban las colinas con puntos blancos sobre el verde tapiz de las laderas, cuando un grupo de aviones Junkers Ju – 52 de la Legión Cóndor alemana en formación, atrajo la atención de personas y animales. Habían salido del aeródromo de Villafría y por encima de los cerros de Vivar del Cid se desplazaban en oleadas en dirección norte haciendo resonar sus motores jumo 205 diésel con un ruido ensordecedor. Después se supo que su hoja de ruta era Guernica (Vizcaya). Allí las tropas del frente popular se estaban reagrupando para la defensa de Bilbao ante el empuje de los nacionales. Durante tres horas, desde las 4 de la tarde en que empezaron a sonar las sirenas hasta las siete de la tarde, diversas oleadas de estos aviones descargaron sus bombas sobre Guernica.¹

1 El historiador británico Hugh Thomas situó la cifra de víctimas entre cien y mil seiscientos, estimando que lo más probable fueran mil. Los datos más actuales apuntan a una víctimas entre 250 y 300 muertos.

Años más tarde mi padre me describía los aviones salidos de Villafría como bandadas de pavos en formación que se dirigían a Bilbao y a los pocos minutos dejaban caer su carga como si fueran huevos. Bum, bum, bum el ruido de las explosiones se podía oír por los cerros de Vivar del Cid.

Diecisiete días antes de que esto sucediera, mi existencia vio por primera vez la luz de este mundo. Fue el 9 de abril. He querido reflejar este hecho por la trascendencia que esta guerra civil y sus consecuencias tuvieron en la formación y desarrollo de mi existencia como persona. Y también sobre la sociedad que me tocó vivir y los efectos posteriores que tuvieron sobre la forma educacional de la juventud, y la falta de pensamiento crítico, libertad socio-cultural y contracción de la personalidad individual, por no decir su destrucción, que trajo consigo el vencedor de la contienda. El exceso de autoridad en todas las capas de la sociedad influyó en la formación de la persona. Desde la unidad familiar, hasta en el lecho de la muerte, el orden y la orientación de lo bueno y lo malo se recibía desde la misma cuna.

Mi aparición en este mundo, y con esta situación de guerra, no fue muy del agrado de mis padres. Así me lo confirmó mi hermana Tina que me había precedido once años antes y que con la curiosidad propia de adolescente, lo percibió con claridad de sus padres. Es fácil comprender su desasosiego por la aparición de una boca más en aquella época de guerra y escasez.

– La culpa es tuya.... si no hubiera sido por...Mira que ya te lo advertí de lo que podía pasar...y tú ale que ale...

–No, la culpa es de los dos... Dos no se juntan si uno no quiere...como dos no se pegan, si uno no hace lo mismo.

–Sí, la culpa es tuya... mira..., que ya te lo dije...

–No consiento que me digas eso...patatín... patatán.

Parece que se recriminaron el uno al otro mis progenitores. Yo era el sexto que venía a este hogar y en estos tiempos de penuria y

guerra era más que complicado sacar toda la prole adelante. De los seis sobrevivimos cuatro, porque a mi hermanita Julita, una *difteria laríngea* se la había llevado al otro mundo unos años antes, y al primogénito de todos, por nombre Miguel, falleció al poco tiempo de nacer. En esa época eran muy naturales y frecuentes las familias numerosas, y en todas ellas siempre había alguno que se quedaba en el camino. Los entierros con ataúdes blancos eran más que frecuentes.

No habían pasado diez días de mí nacimiento, que mi madre pasó en la cama gracias al mejor caldo de la mejor gallina del gallinero, cuando me bautizaron en la pila bautismal de la iglesia, en la misma pila en la que mis ancestros fueron bautizados. Los ritos bautismales, los mismos que siglos atrás:²

—“Vis bautizari ...?”

Y mis padrinos respondieron:

—“Volo”.

Luego la unción con los santos óleos y bautismo con agua sobre la cabeza. Con este primer Sacramento de la Iglesia Católica ya me libraba del limbo, que era un estado, donde iban los niños que fallecían sin haber cometido ningún pecado por sí mismos, pero que cargaban con la culpa del pecado original de Adán y Eva. Era el limbo de los niños. Una especie de herencia, pero de la mala, porque herencia buena no había. Solo los rasgos físicos de nuestros padres. Esto era entonces, porque por cierto, ahora el Papa Benedicto XVI acaba de instaurar la doctrina de que el limbo no existe para alivio de muchos padres.

Antes de mí bautismo, se había librado una pequeña batalla sobre el nombre que me iban a poner. Era costumbre por entonces, bautizar y poner un nombre al recién nacido, que debería ser el de un

2 La iglesia usó el latín como lengua oficial, hasta el Concilio Vaticano II que dio paso a las lenguas vernáculas. Año 1962.

santo o santa, y que normalmente venía reflejado en el santoral del taco del calendario. En mi caso, y en la hoja del 9 de abril, el santoral empezaba con Sta. Casilda. De haber sido niña, ya os podéis imaginar cual hubiera sido mi nombre. Y seguía el santoral con otros nombres y entre ellos el de Conceso. Parece ser que no fue del gusto de todos, porque yo oí a mi madre decir que defendió ese nombre diciendo: *“en el futuro, ya lo veréis, le llamarán Don Conceso”*. También en esto se equivocó, como en otras cosas, porque nunca me llamaron así, sino Don Pascual, o Sr. Pascual.

El nombre religioso que se daba en el bautismo, era el que debía inscribirse en el registro civil. Creo que no es preciso aclarar, que en estos años, todo recién nacido era bautizado e inscrito en el Registro Civil con el nombre que se le impuso en el bautismo. No es el caso de mi padre que siempre se llamó Florencio, pero en el registro religioso rezaba como Matías, que era el Santo de 24 de febrero. Nació el 23 de febrero del 1892, el año en que se perdieron Cuba y las Filipinas. Es posible que el cura de aquellos tiempos no estuviera de acuerdo con el nombre de Florencio y le clavó el Santo del día 24. Así lo puede comprobar en un viaje, que pasados los años hicimos con mi hermana a Espinosa de Cerrato (Palencia). Ante la falta de familiares en el pueblo, aunque el apellido Pascual estaba en vehículos y tiendas, nos dirigimos a la iglesia y hablamos con el cura de turno. En la sacristía nos sacó el libro de registro de nacimientos y pudimos ver reflejado su inscripción con el nombre de Matías y debajo escrito a mano el nombre de Teodora. Se desprende de esto, que cuando se casó, solicitaron el acta de nacimiento, para poder efectuar el matrimonio por la Iglesia. Esta fue la única vez que visité su pueblo, y en mi ánimo está en que no sea la última y única vez.

Desde el día que visité el pueblo donde nació vuestro abuelo, una especie de remordimiento me acompaña con su recuerdo. Varios fueron los viajes que realicé con él, durante sus últimos años, entre

Madrid y Burgos, y varias las veces que pasé por Lerma, a un tiro de piedra de su pueblo de Espinosa. Ahora, con el paso del tiempo, el no haberle llevado a su pueblo para que reviviera su infancia, y el recuerdo de esa oportunidad perdida, cuando todavía mí existencia disfrutaba de su compañía en este mundo, me martillea como pecado en conciencia, y me lo apunto como debe en el curriculum de un buen hijo. Podía haber sido una oportunidad para que me contara cosas de su pueblo, esas cosas que se viven de niño y que nunca se olvidan...de sus padres...abuelos, tíos y demás familia. La verdad es que en esa mi época de veinteañero, yo estaba en otras cosas, y él nunca me habló de esa oportunidad. Mi curiosidad por el devenir de la familia terrenal por aquellos años, había sido desterrada y suplantada por la preocupación de encauzar un futuro y una vida que miraba más al horizonte en perspectiva... no exento de los tintes del más allá con los que me acompañaron hasta entonces. En una palabra, en aquellos momentos, el futuro daba la espalda al pasado.

Todavía hoy, cuando antes de llegar a Lerma, observo el desvío a Villafruela, además de recordar aquel rey visigodo por nombre Fruela I que fue muerto por un oso, detallo este que nunca he olvidado porque en mi época estudiábamos los reyes visigodos, rememoro el pueblo de Espinosa de Cerrato que linda con este pueblo reseñado, y pienso: ¡ qué fácil y qué lindo hubiera sido visitar su pueblo, qué de añoranzas y detalles podría escribir ahora! Quizás podría relatar las peripecias de su salida en estampida de este pueblo, y quizás muchas cosas más.